

UN DIOS CON EL ESTÓMAGO VACÍO

Me sucede así, justo después de ponerme factor cincuenta en mis hombros peludos de simio civilizado, justo cuando diviso el borde del sol en lo alto del cielo. De pronto, siento que soy insignificante. Una minúscula mota de carne en las mareas negras del universo. Darme un baño no sería una mala idea, en absoluto. Nadar a braza hasta la boya tampoco estaría mal. Lo haría impetuosamente, para triturar a los bañistas del fondo, todas esas comas humanas incapaces de nadar cien metros sin perder el aliento. Otra idea maravillosa sería tirarme aún mojado en la toalla con un gran suspiro, un gigantesco ahhhh, pero qué bien se está aquí, Jesucristo, para que las familias de las toallas vecinas me oigan y sigan mi ejemplo.

A mi lado, Lucía se unta de crema solar las piernas llenas de lunares. Los dos miramos al cielo. Casi a la vez. El sol parece una cabeza enrojecida por la fiebre. Parpadea y parpadea y se remueve ahí, como si lo hubieran atado del cuello a una cadena invisible. Lucía deja de mover las manos. Se ha quedado paralizada. Debo decir que está guapísima, con esa película fina de sudor en la espalda que se asemeja a una capa transparente de cristal.

¿Ya?

Niego con la cabeza.

Es evidente: mi mujer tiene que haberse zambullido en un monólogo interior muy similar al mío. Cierta presentimiento, una tarántula viva, le trepa por la boca del estómago. Quince años casados dan para mucho; sucesiones de capas geológicas, estratos. En mi experiencia, es inevitable acabar comunicándose sin abrir la boca. Como si fuéramos dos inteligencias superiores que se interpelan a través de las ondas electromagnéticas, uno acaba por trenzar de alguna forma sus pensamientos a los del otro, desde los más prácticos (oye, ¿clavamos la sombrilla aquí?; el agua está que ni frío ni calor, se ven algunos peces) a los más sombríos.

Solo es un rayo de sol duro y metálico que atraviesa las nubes y desciende hasta el agua, nada más. Si tengo que ser completamente sincero, me he bebido ya dos cervezas heladas de la neverita y he mirado a escondidas el escote de mi mujer. A veces me parece intuir, en sus lunares, la forma del triángulo de las Bermudas y su zona destinada a la desaparición de los barcos de recreo. ¿Es acaso el mejor día de playa de toda la historia de la humanidad? Casi con toda seguridad. Si no lo es, se le acerca. Afirmativo.

Diego, nuestro hijo mayor, me hace gestos con los brazos desde la orilla para que vaya a cavar un foso con ellos. Otra vez tengo que interrumpir mi éxtasis. Estaba pensando: el Speedo me queda espectacular. He adelgazado estos últimos meses. Lo veo en el espejo: se me está quedando el tipo de un hombre mucho más joven, y más fuerte. Si alguno de estos padres de familia intentara invadir nuestro espacio en la parcela de la playa, podría reducirlo con facilidad con una llave Nelson y luego enterrarle la cara en la arena hasta que suplicara mi perdón. Además, miro a mi hijo recortado bajo la luz aceitosa del mar y se me hincha la carótida. Diego es un niño muy guapo. En unos años se parecerá a mí.

La misma nariz, exacta, pero con los rasgos mejorados; la genética los habrá pulido hasta otorgarles cierta autoridad.

Mi mirada regresa al cielo, al sol, sus bordes veteados de grietas, parpadeos nerviosos en el fondo del sistema solar. No quiero mirar, pero es difícil apartar la vista. Casi al instante, me viene a la cabeza todo lo que debería decirle a mi primogénito y no le digo porque no me atrevo. Eso me fastidia. A lo mejor tendría que posarle las dos manos en los hombros; zarandearle con violencia mientras utilizo una voz de manantial o de martillo pilón.

Hijo, algún día no muy lejano serás como un conejo, te quedarás paralizado delante de los faros del coche, siendo el coche una metáfora de existir, ya me entiendes, cuando todas tus certezas sobre lo que es ser humano te embisten y pasan otra vez por encima de tu cuerpecito para acabar el trabajo. Ese día, el terror te drenará como lo está haciendo con tu madre y conmigo. No lo verás venir. ¿Qué te parece si aprovechas esta mañana de playa tan estupenda para exprimir la vida al máximo y darlo todo? Venga, sácale el jugo a la naranja. En unas horas, incluso unos minutos, te diría, puede que no lo tengas tan fácil. Márcate un buen foso, unas almenas robustas y un castillo de estilo medieval que vivan para siempre en tu recuerdo. La playa es el lugar donde los hombres, hasta los más viejos, jamás crecen. Aquí la infancia permanece eternamente cristalizada. Una ola siempre será la primera ola que miraste, que te miró. La primera que pudiste tocar, sin saber cómo llamar a esa criatura de espuma. Aún no tenías las palabras para nombrarla.

Me alejo a paso tranquilo de la sombrilla. Lucía se unta las piernas muy despacio, como si fuera la única persona en toda la Tierra que conoce su piel. No es verdad. Sabe que la estoy mirando. Ahora se acaricia la corona de estrías en la parte interna del muslo, como los anillos de un árbol. Luego

son los lunares, situados en puntos estratégicos. Por un segundo, bajo este sol que parece un poco más oscuro que hace unos minutos (un sol que va nublando su iris, quedándose ciego; esa es la expresión que me viene a la cabeza y no quiero decir en voz alta), veo a la Lucía que es ahora mismo, con su propia mano deslizándose por el muslo a una velocidad incandescente, casi detenida, y también, superpuesta bajo la película transparente del tiempo, a la Lucía de hace trece años, esa chica pecosa con la que buscaba un rincón debajo del espigón de una playa muy similar a esta. Allí nos estudiábamos el calendario de vacunación y la conjugación de ciertos verbos irregulares. No me avergüenza decir que se me eriza algo debajo del bañador al pensar en aquellos días luminosos; no, no me avergüenza; y si mis hijos me preguntaran qué es ese bulto tan particular bajo la tela, les diría: Vuestro padre está contento. ¡Papá quiere a mamá! Otros papás, qué mala suerte, dejan de querer a mamá con el paso de los años. Otros papás y mamás se amenazan y comienza para ellos una época de odio y oscuridad, con algunos abogados que dicen querer lo mejor para todos. No puedo decir que ese sea mi caso, hijos. Ahora vamos a cavar un foso defensivo que habría hecho que Napoleón se volviera loco. Os voy a explicar lo que es un ariete. ¿Sabéis lo que es un día de playa auténtico, uno de verdad? Este. No lo olvidéis nunca.

Diego y Estrella corretean en círculos por la orilla y se decantan por una de esas elecciones humillantes que nunca pasarán de moda. Pretenden enterrarme en la arena. Acepto, claro que sí. Diego aplana varios montículos sobre mi cuerpo. Estrella cava con furia, llena varios cubos y me los echa encima. Más y más cubos de arena vienen, hasta que esta metáfora, que representa sin matices de ninguna clase cómo es ser enterrado vivo, está completa. Hay una lección

de vida importante que aprender en estos rituales: algún día, bajo el impulso del dolor y de vuestra propia aniquilación, tendréis que enterrar a vuestro padre y cerrarle los ojos con vuestras propias manos. ¿Qué tal si empezáis probando con un pequeño juego? Sonríe a mis hijos. No aplaudo (me es imposible en esta posición) ni trato de revolverles el pelo. Eso estropearía el túmulo funerario que han creado con tanto amor. Es preferible que sigan alegres todo el tiempo posible.

Habéis hecho un trabajo espectacular.

¿Te gusta, papá?

Mucho. Esto es una fosa de verdad y no lo que hay por ahí.

Solo queda mi cabeza fuera de la arena para mirar otra vez a Lucía. Ha vuelto a quedarse muy quieta. Tengo (tenemos los dos, seguramente) la sensación de que otro rayo de sol se desprende del cielo como un párpado encendido, roza la línea del horizonte y sigue bajando hasta las profundidades para iluminar nuevos jirones de algas. El pensamiento regresa con más fuerza. Somos nada, seremos nada; puntos en una galaxia densa y gorgoteante a la que no le importamos. Imagino esas minúsculas motas de pura inconsistencia en el fragor del polvo estelar y alaridos humanos disolviéndose en un espectacular vacío. Intento pensar en otra cosa, pero tengo que reconocer que no me sale. Me cuesta un poco. Lucía se echa varios pegotes explosivos de crema y acaba manchándose por todas partes. Está distraída y la comprendo muy bien. Ya debe de estar reflexionando, de una forma casi idéntica a la mía: eso somos, motas minúsculas, fáciles de aplastar con un pulgar. Insectos, sigo yo, y le prohíbo a Estrella que me cubra la cabeza de arena (puede ponerse muy insistente). No, menos que insectos, parásitos indefensos, escupitajos en el desagüe del cosmos, así hasta

que las voces cálidas de mis hijos me sacan del letargo y regreso a la suavidad del refugio, un pensamiento templado por la sal del mar y la veladura transparente del buen juicio. Bien mirado, sin contar estos pensamientos intrusivos, estas minucias de la mente, está siendo un día de playa sin parangón, como no se ha visto en mucho tiempo. Además, nos quedan todavía algunas horas de cavar fosos. Vamos a cavarlos, a cantar, a sacar arena hasta quedar agotados, aunque sea lo último que haga.

Diego y Estrella señalan el mar, su enorme respiración. Las olas se encrespan en penachos blancos, como el lomo de un ciervo gigantesco.

¿Podemos ir a nadar a lo hondo con la colchoneta?

Ni se os ocurra meteros.

Jo, papá, ¿por qué?

Porque lo digo yo. Además, puede que haya medusas.

Pero todos se están bañando.

Y las medusas les van a picar, muy pronto. No penséis que la vida es diferente. Te escondes de mamá medusa, que viene sonriendo y te confunde con sus artimañas impuras, pero tarde o temprano, ese bicho intentará arrancarte un brazo y arrastrarte al fondo marino, hasta que ya sea...

Mis criaturas retroceden. Dejan unas huellas preciosas en la orilla.

Hablas muy raro, papá.

No, hijos. Solo os cuento la verdad. Es mi deber: revelar la carne que hay debajo de lo aparente. Ahora vamos a volver con vuestra madre. Vais a darle un buen beso en la mejilla. Quiero que estemos todos juntos.

Déjanos ir a bucear, porfa, porfa. Queremos hablar con los peces.

De pronto, me recuerdan a dos pequeños canapés que puedo llevarme a la boca.